

— A HERMANA MAYOR
L de Miriam Toews se suicidó en 2010, igual que antes lo había hecho su padre. «Cuando ella murió decidí dejar de escribir por completo», confiesa la autora canadiense en una entrevista respondida por correo electrónico. «También perdí la fe en el lenguaje y en la narrativa para describir cualquier cosa. Me sentía entumecida», afirma. Fueron casi tres años alejada de la literatura, un periodo largo para una escritora que hasta entonces llevaba una productiva década y media, con cinco novelas y varios premios importantes. «Pero, finalmente, comencé a escribir de nuevo, necesitaba contar nuestra historia. Y al escribir me acerqué más a la comprensión de mi hermana, de esa cosa llamada desesperación psíquica, de por qué hizo lo que hizo y de mi propia relación con ella, de lo que significaba para mí y de lo que me había enseñado». Y Miriam Toews añade entre paréntesis: «También quería que fuera divertido porque sé que mi hermana hubiera querido que fuera así».

Ese texto emocionante y divertido, ese ejercicio de comprensión repleto de reflexiones tremendas elaboradas mientras se lleva el coche al taller, se fuman porros con tu amiga carterera o se mandan *whatsapps* a tus atolondrados hijos adolescentes, es el libro *Pequeñas desgracias sin importancia*. Se publicó en 2014 y ahora sale, por fin, en España (Sexto Piso), tras haber recibido varios premios, críticas fabulosas de algunos de los medios literarios más influyentes de EEUU, alabanzas de Margaret Atwood y hasta una adaptación al cine.

Para ella fue una necesidad convertir en literatura su experiencia, comenta, pero también fue un compromiso con la visibilización del suicidio. «El silencio alrededor de ello es la brecha donde reside el horror: el miedo, el estigma y el rechazo de su existencia», afirma categórica.

«Tú no solo te matas a ti», dice el personaje principal de la novela, un álgido de esta escritora



“ MIRIAM TOEWS

MI HERMANA NOS SUPPLICÓ QUE ENTENDIERAMOS POR QUÉ NECESITABA SUICIDARSE”

Y de ese doloroso proceso de comprensión y aceptación nace ‘Pequeñas desgracias sin importancia’, una novela tan emocionante como divertida que encumbra a la escritora canadiense

POR PABLO GIL MADRID

de 58 años que explica cómo un suicidio es igual que una bomba que deja heridas a todas las personas que están cerca, los llamados *supervivientes de suicidio*. «Todos nosotros luchamos por encontrar una manera

de entenderlo, de respetar en última instancia la decisión de morir de la persona querida, de sentir compasión, aunque, por supuesto, preferiríamos que no hubiera tomado esa decisión».

Esa es, continúa explicando, «la única forma de salir adelante del duelo, de no quedar atrapado en la amargura y la ira», dice. «Mi hermana, por ejemplo, nos suplicó que entenderíamos por qué necesitaba terminar con su vida, y necesitaba que supiéramos que nos amaba, que no quería hacernos daño con este acto, y por eso cuando ella murió nuestra responsabilidad, la de su familia, era aceptar su decisión, y poder vivir con ella. Por todo eso necesitamos más educación, más investigación, más financiación, mejor atención de la salud mental, mejor atención y hospitales psiquiátricos y más voluntad política también para cambiar el sistema, con la esperanza de que podamos prevenir el suicidio».

Es una explicación importante porque Miriam Toews está convencida de que la formación de la idea suicida es innata y hereditaria, y destaca que «muchas teorías

científicas consideran que hay un *gen suicida*». Y eso choca dolorosamente con la descripción que hace de su experiencia en las unidades de psiquiatría de los hospitales canadienses, cuando acompañaba a su hermana tras un nuevo intento de suicidio (y aquí hay que añadir que su madre es terapeuta y que de los terapeutas tiene la mejor opinión posible). «En esas áreas hospitalarias hay una tendencia a infantilizar al paciente, a hacer que se sienta responsable de su propia enfermedad y a avergonzarse. El estigma de la enfermedad mental existe exactamente en el lugar donde creías que nunca estaría, en los hospitales psiquiátricos».

Por todo eso, esto es algo más que una novela, aunque al principio no parezcan más que las pequeñas desgracias sin importancia de una familia en la muy remota y tranquila región de Manitoba (1,2 millones de habitantes en un espacio

más grande que España), unos padres inocentes y dos hijas inquietas incrustados en una comunidad menonita rígida y frígida que solo les traerá decepciones, frustración y cantidades intolerables de hipocresía moral. Pero esto último ya lo ha desarrollado más en otras de sus obras, como *Complicada bondad* (Anagrama) y *Ellas hablan* (Sexto Piso).

Uno de los sentimientos predominantes del personaje principal y, debe concluirse, de la propia Miriam Toews, es la culpabilidad. Afirma en el libro: «La culpa nos motiva a escribir en un fútil intento de expiación. Libéranos de la culpa y ya os podéis olvidar de la cultura». Una idea que también expone con humor en sus respuestas. «Como muchísimas mujeres, me siento culpable por todo, *jajaja*», dice. «Por ser mala madre, mala hija, mala amiga, mala compañera, etc. Es ridículo, lo sé. No estoy segura de que haya otro

VINCE TALOTTA / GETTY

tipo de relaciones que no sean las complicadas. Un amigo mío me dijo una vez que la vida es fácil, son las relaciones lo que es difícil. En ese sentido, el motor de mis libros es la necesidad de poner sentido, orden y una belleza a partir de una realidad compleja y dolorosa».

Han pasado ocho años desde que se publicó originalmente el libro, titulado por cierto por un verso del poeta romántico Samuel Coleridge. «Ahora soy más mayor de lo que fue nunca mi hermana: ese es un sentimiento muy extraño», confiesa esta mujer que en la novela relaciona la escritura con salvar una vida, «y con el inevitable fracaso de los objetivos de crear un personaje o una vida que valga la pena salvar».

«El arte de fracasar», añade ella en su *email* junto al emoticono de una carita sonriente, no el único emoticono incluido en sus respuestas, lo que encaja con su narrativa vivaz, conmovedora y desenvuelta. En el libro cita casi a modo de explicación para su sentido del humor a D.H.

Lawrence: «La nuestra es una época esencialmente trágica, por eso nos negamos a tomarla trágicamente».

En *Pequeñas desgracias sin importancia* se afirma igualmente que «los libros es lo que nos salva» y «los libros es lo que no nos salva». Por la experiencia compleja de Miriam Toews, ambas cosas son ciertas. «Escribo y leo libros para mantenerme cuerda, para ayudarme a dar sentido a la realidad, para sentirme menos sola pero, al mismo tiempo, hay un límite en el potencial de consuelo y esclarecimiento de los libros. Lucho constantemente con una sensación de inutilidad, de que nunca seré capaz de encontrar las palabras adecuadas para describir la vida», dice. «Tanto mi padre como mi hermana eran ávidos lectores y escritores, pero hacia el final de sus vidas, antes de suicidarse, perdieron la fe en ser entendidos a través de las palabras y del lenguaje. Ambos dejaron de hablar y dejaron de leer y escribir. Así que, por supuesto, los libros son los que me han salvado, a mí y a muchos otros, pero no siempre funcionan».